



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



Para no confundir la esperanza con las expectativas

AQUILINO POLAINO

Catedrático de Psicopatología. Facultad de Medicina. Universidad CEU San Pablo

Introducción

Una reciente campaña de publicidad en los autobuses de Londres, aconseja a los transeúntes lo que sigue: “Probablemente no hay Dios, así que deja de preocuparte y disfruta de la vida”.

Más allá de la anécdota, el anterior mensaje constituye un descarado indicador de cómo se quieren implantar en los ciudadanos las expectativas humanas, tal vez “demasiado humanas”, del *carpe diem*. La nueva campaña de ingeniería social parece estar empeñada en “transformar la duda agnóstica en certeza atea”. Es decir, en abolir toda esperanza y sustituirla por la calderilla de unas expectativas percederas.

A la anterior propuesta ha seguido otro eslogan publicitario –esta vez en Estados Unidos–, con un contenido moral explícito, que espeta lo que sigue: “¿Por qué creer en un dios? Sé bueno por la propia bondad”. Otra clara manifestación del intento de reducir la esperanza cristiana a mera expectativa humana.

Lo que se sostiene en esta propuesta es lo siguiente: vuelve la espalda a Dios y constrúyete tu propia moral. ¿En qué consiste esa “propia bondad”? ¿Se la da tal vez cada hombre a sí mismo? ¿Es que acaso no disponemos de un referente personal, suficientemente explícito, claro y universal en el Decálogo dónde reside esa bondad que anhelamos? ¿Vamos a rechazarla, para que cada cual se invente la propia “bondad”? Si se abandona o reniega de la fe, ¿quién le informará al hombre acerca de lo que es malo o bueno?

Sin duda alguna, el cientificismo trata de robustecer el ateísmo: la ciencia como sustituto de Dios. Este proceso de transformación personal y social se está llevando a cabo en la actualidad, de forma muy sutilmente diseñada.

En primer lugar, se trata de extinguir la fe como algo obsoleto que se opone al progreso de la humanidad. La persona progresa –se afirma– en la

medida en que hace suyo el grito de Nietzsche de que “Dios ha muerto”. Pero, se da la circunstancia de que Nietzsche ha muerto. Luego Dios puede estar vivo.

En segundo lugar, se sustituye la fe por la ciencia, especialmente por las nuevas tecnologías. De estas últimas hay una generalizada experiencia vivida por el uso diario que las personas hacen de ellas, lo que constituye un simulacro que, en apariencia, garantiza la verosimilitud de tales expectativas. Pero ninguna de esas expectativas ni todas ellas juntas, pueden sustituir a la certeza, vigor y robustez que proporciona la fe.

En tercer lugar, por último, se hace creer al hombre que dispone de una libertad absoluta para hacerse a sí mismo como le venga en gana. El nuevo arquitecto de sí mismo está hoy en la expectativa de “construir” –a partir de sí, claro– un “nuevo hombre”. Pero no se pregunta de dónde viene ese “sí mismo”, a partir del cual moldeará el nuevo genio, en el que espera transformarse. La nueva religión de la ciencia, con la que se pretende sustituir a la religión revelada, nace del hombre y acaba en el mismo hombre. Es decir, es un invento humano. Como también son de su invención las expectativas seductoras a que ha reducido la esperanza cristiana.

El fundamento de esta nueva “antropología teológica” inventada –de acuerdo con las recientes palabras de un conocido político de nuestro tiempo– asienta en los dos principios siguientes: “el verdadero Dios es el hombre” y “la libertad es la que hace verdadero al hombre”. Las expectativas generadas por estos principios son vanas e ilusorias. La apoteosis de esta gigantesca trayectoria supuestamente emancipadora ha resultado ser un engaño. El furor y la exaltación que esas expectativas le han proporcionado al hombre conviven encadenadas, no obstante, a la soledad y el individualismo, al sufrimiento, la estupidez y el sin sentido de su vida.

Las nuevas expectativas no sirven, al parecer, para la supervivencia de la persona. Los idilios del consumismo tienen también fecha de caducidad. El éxtasis total, la embriaguez de los sentidos y el vértigo compartido de todos los placeres gregarios son un mero invento de los “organizadores del aburrimiento” personal y colectivo. Al fin, uno de los lemas de mayo del 68 está siendo confirmado por la frustrante inoperancia de estas expectativas: “no queremos –gritaban, entonces– un mundo en el que haya que cambiar la garantía de no morir de hambre por la certeza de morir de aburrimiento”. Hoy, las entrañas de esas expectativas están amasadas con el hambre –la crisis– y el aburrimiento –el tedio de cada día–.

La esperanza y las expectativas

La esperanza puede y debe distinguirse de las expectativas. Las expectativas humanas –cualquiera que ellas fueren– no suelen identificarse con la esperan-

za cristiana. De hecho, unas y otra fundamentan dos modos de vida, dos estilos de comportamiento completamente diferentes. Los diversos modos de conducir la propia vida, según las expectativas o la esperanza, genera consecuencias muy variadas, algunas de ellas muy negativas. De aquí que parezca pertinente advertir al *homo viator* de esas diferencias, a fin de que no incurra en una fatal confusión.

Las expectativas pertenecen al ámbito del comportamiento humano que es observable, aunque ellas mismas no sean visibles y haya que inferirlas de lo que se observa. Las expectativas, por eso, están trenzadas de pequeñas certezas comprobables, de cálculos aproximados de los que se infiere –mediante el fino ajuste, atinado o no, que realizan los deseos– la relativa probabilidad de su ocurrencia. Pero, ninguna expectativa –con independencia de que se logre o no– puede llenar de sentido la vida humana. Porque, sencillamente, cualquier expectativa (tener éxito, llevar una vida holgada, descansar en el lugar que se desea, tener poder, popularidad, dinero o prestigio, entregarse a los más variados placeres sin ausencia de ninguno de ellos) o todas ellas juntas no dan sentido a la vida. La esperanza, en cambio, sí.

La esperanza, es cierto, se fundamenta en la realidad invisible. La esperanza no es objeto de la aritmética y el cálculo. A pesar de ello, la esperanza cristiana se teje también con los hilos de la realidad visible, precisamente porque su contenido trasciende esa realidad, a la que sirve de fundamento. He aquí la paradoja: lo invisible (la fe), en que se fundamenta la esperanza cristiana, es más real que lo visible (lo comprobable por los sentidos). Más aún: lo invisible constituye el fundamento de lo visible.

El motor de la esperanza es lo que está más allá del aquí y ahora y, por eso, lo que da sentido al aquí y ahora. El motor de la esperanza es la fe. La fe en lo invisible explica lo visible. La fe es el fundamento de la esperanza, luz y fortaleza que acompaña y da seguridad en el camino de la vida.

La esperanza es realista. La auténtica esperanza hunde sus raíces en lo real e invisible y no en las fantasías o en los meros deseos.

Las expectativas, por el contrario, cabalgan sobre los deseos. Sobre los deseos se alzan las fantasías y sobre éstas las quimeras y futilidades. Deseos y fantasías dan origen a ciertas expectativas, cuyo fundamento en la realidad es más bien problemático. Pero ninguna expectativa ni todas ellas juntas dan origen a la esperanza.

El ámbito de la esperanza cristiana está más allá de lo que es propio de las expectativas humanas. Se diría que allí donde acaba el espacio humano de las expectativas, comienza el de la esperanza. Esta última afirmación precisa ser matizada. De lo contrario, no dejaría de ser una simplificación un tanto maniquea.

En realidad, el ámbito de la esperanza cristiana es mucho más amplio que el de las expectativas. Más aún, la esperanza asume las expectativas y las

transforma. La esperanza puede “regresar” sobre las expectativas y profundizarlas y expandirlas, intensificarlas y ampliarlas, modificar su curso y darles un nuevo sentido.

La esperanza tiene un inmenso poder transformador de las expectativas. La esperanza cristiana puede empujarlas y arrastrarlas hacia donde, inicialmente, la persona no podía ir aunque quisiera. En otras ocasiones, la esperanza cristiana es la que condiciona, modifica, intensifica o aminora, sustituye y dirige las expectativas humanas.

La intencionalidad de la esperanza cristiana es de naturaleza superior y diversa de la intencionalidad de las expectativas. Nada de particular tiene que estas últimas sean atraídas por aquella y que, en cierto sentido, se le sometan y subordinen.

La unidad de vida no es otra cosa que la fusión –sin confusión– de la esperanza y las expectativas. La integración entre ellas armoniza y potencia la verdad de la acción humana y la autenticidad de las personas. Esa unión, sin embargo, en nada desmerece el valor de la esperanza ni el de las expectativas humanas. La esperanza no tiene por qué minimizar o renunciar a la función vital de las expectativas. Pero en la medida que éstas se injertan en aquélla, las expectativas saltan de nivel, ganan valor, se redimensionan en otro formato, es decir, se sobrenaturalizan.

De aquí que las expectativas puedan y deban estar abiertas a la acción optimizadora de la esperanza. Se entiende, claro está, que las expectativas no están sometidas *a priori* a la esperanza, sino abiertas a ella. Es esa misma apertura la que las hace más dóciles y razonables, también más humanas. Esta docilidad de las expectativas no es una mera consecuencia del voluntarismo, la ceguera, la pasividad o la indiferencia de las personas en las que reside esa actitud expectante.

La docilidad para adecuar con armonía las expectativas a la esperanza requiere la comparecencia de la libertad. Las expectativas cambian de rumbo y se amoldan a la esperanza, precisamente, porque no están cerradas en sí mismas sino abiertas a la esperanza. La libertad es la llave de la puerta que abre esas expectativas. Es gracias a esa libertad y apertura, lo que permite el encuentro entre las expectativas humanas y la esperanza cristiana. La consecuencia de ese encuentro no es otra que el logro del sentido que da plenitud a la vida humana.

Cómo distinguir la esperanza cristiana de las expectativas humanas

Desde la perspectiva fenomenológica pueden establecerse bien las diferencias entre la esperanza cristiana y las expectativas humanas, aún cuando en la unidad de la persona estén perfectamente ensambladas una y otras.

Las notas que caracterizan y distinguen a la esperanza cristiana son las siguientes: la esperanza cristiana es trascendente; encarnada en la realidad

visible pero sostenida por la fe invisible en la Persona de Jesucristo; intemporal; imposible de alcanzar por la persona sin la ayuda de Dios; sobrenatural; abierta al servicio de los demás; optimizadora de las expectativas humanas; y encaminamiento cierto a la plenitud de la satisfacción eterna.

Las notas que caracterizan y distinguen a las expectativas humanas, en cambio, son las siguientes: las expectativas humanas son temporales, humanas, materiales muchas de ellas, perecederas, posibles de alcanzar por uno mismo o con la ayuda de otros, mudables, circunstanciales, próximas a la saciación, relativamente intrascendentes, procuradoras de una satisfacción relativa y temporal, que terminan siempre con la muerte de la persona.

Cuando se alcanza la identidad entre las expectativas y la esperanza, las expectativas pueden modificar sus propiedades y revestirse con algunas de las características de la esperanza cristiana. Lo que prueba que la esperanza cristiana es humana, es decir, es adecuada a la condición humana, a la que dota de pleno sentido.

Hay, no obstante, una cierta paradoja en las actitudes humanas relativas a la esperanza y a las expectativas. Benedicto XVI lo expresa muy bien en la encíclica *Spe Salvi*, a la que seguiremos en este punto, cuando afirma lo que sigue: “Obviamente, hay una contradicción en nuestra actitud, que hace referencia a un contraste interior de nuestra propia existencia. Por un lado, no queremos morir; los que nos aman, sobre todo, no quieren que muramos. Por otro lado, sin embargo, tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente, y tampoco la tierra ha sido creada con esta perspectiva. Entonces, ¿qué es realmente lo que queremos? Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿qué es realmente la vida?” (*Spe Salvi*, n. 11).

“No sabemos pedir lo que nos conviene”, reconoce con una expresión de San Pablo (Rm. 8,26). Lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. “Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (*docta ignorantia*)”, escribe. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta “verdadera vida” y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados” (*Spe Salvi*, n. 11).

Para explicar lo que diferencia a la esperanza de las expectativas, lo mejor es seguir la distinción que, apoyándose en un texto de San Pablo (*Carta a los Hebreos*, capítulo 10, 36 y 39), nos ofrece Benedicto XVI acerca de dos conceptos de sustancia: *hypomone* e *hypostole*. Ambos conceptos se entretrejen y constituyen la sustancia de que está hecha la esperanza cristiana.

Comenzaré por el segundo concepto. “Con *hypostole* se expresa el retraerse de quien no se arriesga a decir abiertamente y con franqueza la ver-

dad quizás peligrosa. Este esconderse ante los hombres por espíritu de temor ante ellos lleva a la ‘perdición’” (*Spe salvi*, n.S 9).

La anterior posición vital desvela que la persona ha hincado su existencia en las expectativas y se ha olvidado de la esperanza. La búsqueda del reconocimiento social, el tratar de quedar bien, el miedo al qué dirán arruinan la esperanza cristiana. La decisión de no complicarse la vida, el olvido del otro, y el mirar para otro lado con tal de no ver la verdad acaban por configurar la vida personal conforme a sólo las expectativas.

De acuerdo con este concepto de *hypostole* de sustancia de la esperanza, la esperanza alumbrar un nuevo horizonte antropológico en el que se manifiesta la verdad del hombre.

Observemos ahora la esperanza desde el otro concepto de sustancia. “*Hypomone*—escribe Benedicto XVI— se traduce normalmente por ‘paciencia’, perseverancia, constancia. El creyente necesita saber esperar soportando pacientemente las pruebas para poder “alcanzar la promesa”. [...] La palabra indica una esperanza vivida, una existencia basada en la certeza de la esperanza. [...] Dios se ha manifestado en Cristo. Nos ha comunicado ya la ‘sustancia’ de las realidades futuras y, de este modo, la espera de Dios adquiere una nueva certeza. [...] Por el contrario, la Segunda Carta a Timoteo (1,7), caracteriza la actitud de fondo del cristiano con una bella expresión: ‘Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio’” (*Spe Salvi*, n. 9).

Opta por la esperanza quien es perseverante en sus convicciones; quien, de acuerdo con ellas, no modifica su estilo de vida por muy difíciles que sean las circunstancias; en definitiva, quien resiste a la seducción y fascinación de las expectativas porque sabe que pueden constituir un embargo o hipoteca de su esperanza. La certeza de la esperanza, en cambio, sostiene a la paciencia y ésta, como decía Santa Teresa, “todo lo alcanza”. La impaciencia vinculada a las expectativas, por el contrario, todo lo abrasa.

Desde la perspectiva temporal, guiarse por sólo las expectativas supone optar por una vida al instante, por una vida al segundo, por el “aquí te cojo y aquí te mato”. Atender a sólo lo que cada circunstancia placentera ofrece al hombre impide la vertebración de la biografía personal. Cada instante se agota, como mucho, en la satisfacción o no de cada deseo. De este modo, no es posible que se establezca trabazón alguna con el momento de “antes” y el de “después”. La vida personal queda así fragmentada y sin hilación alguna. No hay continuidad vital porque tal vez no se dispone de la verdad en la que se integren y unifiquen, dando mayor espesor a la propia identidad, todos los sucesos que acontecen a la persona.

Por el contrario, guiarse por la esperanza inaugura un nuevo modo de vida que se adentra en la eternidad. “La expresión ‘vida eterna’ –escribe Benedicto XVI– trata de dar un nombre a esta desconocida realidad conocida. Es por necesidad una expresión insuficiente que crea confusión. En efecto, ‘eterno’ suscita en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo; ‘vida’ nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos y que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos. Podemos solamente tratar de salir con nuestro pensamiento de la temporalidad a la que estamos sujetos y augurar de algún modo que la eternidad no sea un continuo sucederse de días del calendario, sino como el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después– ya no existen” (*Spe Salvi*, n. 12).

¿Es individualista la esperanza cristiana?

Optar por la esperanza cristiana, en lugar de por las expectativas humanas no es hoy fácil de entender. De aquí la confusión de muchas personas en la actualidad, a lo que se une el deficiente conocimiento y comprensión de la fe católica. La esperanza cristiana no es consecuencia del puro individualismo, sino de todo lo contrario.

No se trata de que el creyente se autoexcluya del mundo –como si nada de él le importara o como si todo le fuera completamente indiferente–, a fin de ocuparse únicamente de sí mismo, de su salvación personal, de algo exclusivamente privado.

Cuando el cristiano opta por la esperanza, no es que inhiba su responsabilidad y abandone a los otros al albur del aislamiento y la soledad. Al esperar sólo en Dios –y desatender, en apariencia, sus propias expectativas y las de los otros–, el cristiano no huye del mundo (*contemptus mundi*), como tampoco elude los problemas ajenos. Porque, sencillamente, los problemas de los otros son sus problemas.

La esperanza en Dios hinca más profundamente al creyente en el mundo. Es cierto que, si espera sólo en Dios, sus problemas se multiplican, porque no se siente ajeno a ningún problema humano. Esta peculiar característica es una constante en la vida del cristiano, tal y como se ha mostrado a lo largo de la historia multisecular de la Iglesia católica. Su vigencia actual resulta insoslayable.

Por consiguiente, la esperanza cristiana enraíza y vincula al creyente más poderosamente al mundo. Esa vinculación es, desde luego, especial. De

un lado, porque supone asumir una responsabilidad mayor, infinita casi, al echarse sobre la espalda a la entera humanidad. Pero, de otro lado, esa gigantesca responsabilidad está aligerada por reposar y estar abandonada en Dios, que es su fundamento. Es Dios quien lleva el peso del mundo; las personas son apenas colaboradores suyos, cada uno según sus posibilidades y de acuerdo con su libertad y disponibilidad.

El creyente que sólo espera en Dios no tiene motivo alguno para desesperar, como tampoco se siente aplastado por el peso que ha tomado sobre sí. Gracias a la esperanza, el comportamiento del creyente actúa como una “correa de transmisión”, que carga y descarga sin cesar. “Carga” con el peso de los demás –y por eso se implica con todas sus fuerzas en ayudarles a resolver sus problemas–, al mismo tiempo que lo “descarga” en la Persona en quien confía –y, por eso, abandona todas sus preocupaciones como si no fueran suyas–.

Obviamente, esa “descarga” le alivia. Pero la imperiosidad de volver a “cargar” con nuevos problemas y dificultades, agota sus fuerzas. A pesar de ello, no se le perdona el esfuerzo que ha de hacer. Un esfuerzo que no tiene su origen en la autoafirmación de su persona ni en el irracional voluntarismo demandado por la autorrealización personal.

El esfuerzo que es necesario hacer tiene su fundamento en la confianza, en el fiarse del Otro, en el amor al Otro y a los otros. Ese esfuerzo cuesta, es sacrificado y fatigoso, y, por supuesto, es dolorosamente percibido. No podía ser de otra forma si en verdad es consecuencia del amor.

La grandeza de ese cuidado por tratar de ayudar a resolver los problemas del hombre, a que le anima la esperanza cristiana, es lo que le une precisamente a la cruz de Cristo, es decir, lo que en verdad le salva. ¿Podrá alguno continuar sosteniendo que la esperanza cristiana es individualista? ¿No habría que entenderla mejor como la cumbre de la solidaridad, la plenitud del compromiso, la más fuerte vinculación de la persona con el mundo?

Al optar por la esperanza, el cristiano se decide por la elección más generosa: la de recomponer la unidad del género humano; la de acabar con tanta separación, rupturas y divisiones; la de reestablecer que “todo sea en todos”, es decir, la salvación de esa realidad que es la comunidad universal de los creyentes. ¿Es esto individualismo? ¿Es esto mera filantropía? No, no lo parece. En modo alguno puede confundirse la esperanza con la filantropía o el individualismo.

La esperanza cristiana no se restringe a sólo una relación personal entre Dios y el creyente. La esperanza es la apertura que abre al creyente al “nosotros”, porque sólo en el nosotros puede encontrarse el amor a Dios (“amar al prójimo como a uno mismo”; “amar al otro como a Dios mismo”; cfr., S. Juan).

En un mundo globalizado y multicultural como el nuestro, la fuerte cohesión del tejido social de cada pueblo o nacionalidad tiende, en la actualidad, a debilitarse y fragmentarse. Las diferencias culturales son patentes y siguen vivas sin que, por el momento, haya indicios de integración alguna entre unas con otras.

En una situación así, hay que apelar a algo que esté por encima de estas diferencias –sin que sea incompatible con ninguna de ellas– y que sea más poderosa que ellas, a fin de fortalecer los lazos que en verdad unen a unas y otras personas, a unos y otros pueblos.

Esa unión es, exactamente, una consecuencia de la esperanza. Se trata de una necesidad, de algo no renunciable para que las personas puedan salir de la perplejidad en este mundo cambiante. Pero no hay que olvidar que el único y firme asentamiento de la esperanza que hoy necesita el mundo reside en la fe. Parodiando a von Baltasar, habría que afirmar que “sólo el amor es digno de fe”; a lo que tal vez cabría añadir que sólo la fe es digna de esperanza.